

THE HOMILY FOR THE 4TH SUNDAY OF LENT, YEAR A.

Readings. 1Samuel 16:1, 6-7,10-13. Ephesians 5:8-14. 9:1-41

Our theme this weekend: **We are the light of the world.**

Dear beloved of God,

Today, we celebrate the Fourth Sunday of Lent; which is often called Laetare Sunday, which means, “Rejoice”. In the middle of Lent when we are supposed to be fasting, the Church is telling us today, smile a little, Easter is getting closer.

Something special we must not miss during this Lent: For every Lenten season, the Church gives us different themes to strengthen our life of discipleship. The first week of Lent we allowed Jesus to open our eyes to see how to fight and overcome worldly temptations. In the second week Jesus called us to understand the connection between suffering/cross and the new life of glory in the mystery of the transfiguration. Last weekend, the encounter of Jesus with the Samaritan woman taught us that through Jesus we receive the well spring of eternal life. Today, the fourth Sunday, Jesus wants us to see beyond what is physical. Next weekend, which is the fifth Sunday of Lent, Jesus will teach us that in Him there is new life of eternal glory. Bringing Lazarus back to life, is a guarantee of new life for us believers. This last miracle will connect us directly to the mystery of Easter.

With this amazing biblical episode of Jesus opening the eyes of the blind man, I would think many people would have appreciated what Jesus did, but they didn't; they cast doubt on the divine power of Jesus, and refused to accept the miracle. They chose to remain blind to the truth set before their eyes.

Let me ask you something: “Have you ever looked everywhere for your glasses....only to discover they were already on your head?”. Don’t be surprised, sometimes we are like that spiritually. The truth is in front of us, but we still don’t see it. Many people in Jesus’ audience refused to see the truth of what Jesus had done. This Sunday invites us to think about seeing and not seeing, darkness and light, understanding and refusal to accept the message of Salvation.

The Bible always uses images as signs pointing to some greater reality. So today in the Gospel, Jesus’ intention is not to impress us with the restoration of the physical sight, it is about learning to see God, to see the truth and ourselves clearly. The most serious blindness is not the lack of physical sight, **it is the heart that refuses to see the truth,** and the real concern for us today is the need to allow Christ keep our eyes of faith open through the study of the scriptures, offering our prayers, and to be good to one another. The practice of Christian charity is not merely an external witness of the love we have for one another, but it is a strong sign of faith because in **Charity we can see clearly the things that other people don’t see, and respond accordingly.** Seeing clearly is the ability to abide by the truth, to keep God’s commandments, and the ability to forgive those who have hurt us.

Dear beloved of God, the blind man received the physical sight that pointed to a greater sign of faith when he allowed Jesus to touch him. **Similarly, our eyes of faith will remain opened as long as Christ is touching us in the sacraments, because all the sacraments are the actions of Christ.** In so doing we receive in abundance God’s grace that heals us. Take note that we Christians are always in need of healing; to be healed from spiritual laziness, from the inability to be courageous

witnesses of God's love, from indifference to the needs of others, from the evil spirit of unforgiveness, etcetera.

Therefore, we may have received many miracles than we recognize, because we have allowed Christ to touch us. When Christ opens our eyes, we begin to see the meaning of life beyond what is merely physical.

Our mission therefore, since we already have the light of Christ, is to ask Jesus to keep forming us into better Christians, so that we may be able to see and understand God and people in a different-new way, that our light may continue to shine in darkened situations due to lack of faith.

AMEN

Rev. Fr. Silverino Kwebuza, A.J.-Pastor.

HOMILÍA PARA EL CUARTO DOMINGO DE CUARESMA, CICLO A.

Lecturas: 1 Samuel 16:1, 6-7, 10-13. Efesios 5:8-14. Juan 9:1-41.

Nuestro tema para este fin de semana: Somos la luz del mundo.

Queridos amados de Dios:

Hoy celebramos el Cuarto Domingo de Cuaresma, llamado a menudo Domingo *Laetare*, que significa «Alégrate». En medio de la Cuaresma —cuando se supone que debemos estar ayunando— la Iglesia nos dice hoy: sonrían un poco, la Pascua se acerca.

Algo especial que no debemos pasar por alto durante esta Cuaresma: en cada tiempo cuaresmal, la Iglesia nos propone diferentes temas para fortalecer nuestra vida de discipulado. En la primera semana de Cuaresma, permitimos que Jesús nos abriera los ojos para ver cómo combatir y vencer las tentaciones mundanas. En la segunda semana,

Jesús nos llamó a comprender la conexión entre el sufrimiento —la cruz— y la nueva vida de gloria, a través del misterio de la Transfiguración. El fin de semana pasado, el encuentro de Jesús con la mujer samaritana nos enseñó que, por medio de Él, recibimos la fuente de agua viva que brota hacia la vida eterna. Hoy, cuarto domingo, Jesús quiere que miremos más allá de lo puramente físico. El próximo fin de semana —quinto domingo de Cuaresma— Jesús nos enseñará que en Él reside la nueva vida de gloria eterna. La resurrección de Lázaro constituye una garantía de vida nueva para nosotros, los creyentes. Este último milagro nos conectará directamente con el misterio de la Pascua.

Ante este asombroso episodio bíblico en el que Jesús abre los ojos a un ciego, cabría pensar que muchas personas habrían valorado lo que Él hizo; sin embargo, no fue así: pusieron en duda el poder divino de Jesús y se negaron a aceptar el milagro. Optaron por permanecer ciegos ante la verdad que tenían ante sus propios ojos.

Permítanme hacerles una pregunta: «¿Alguna vez han buscado sus gafas por todas partes... solo para descubrir que las llevaban puestas en la cabeza?». No se sorprendan; a veces, espiritualmente, nos sucede algo similar. La verdad se encuentra justo frente a nosotros, y, sin embargo, no logramos verla. Muchas de las personas que escuchaban a Jesús se negaron a reconocer la verdad de lo que Él había realizado. Este domingo nos invita a reflexionar sobre el ver y el no ver, la oscuridad y la luz, la comprensión y el rechazo a aceptar el mensaje de Salvación.

La Biblia siempre utiliza imágenes como signos que apuntan hacia una realidad superior. Así pues, hoy en el Evangelio, la intención de Jesús no es impresionarnos con la restauración de la vista física, sino que se trata

de aprender a ver a Dios, a ver la verdad y a vernos a nosotros mismos con claridad. La ceguera más grave no es la falta de visión física, sino el corazón que se niega a ver la verdad; y nuestra verdadera inquietud hoy radica en la necesidad de permitir que Cristo mantenga abiertos nuestros ojos de la fe mediante el estudio de las Escrituras, la ofrenda de nuestras oraciones y el ser bondadosos los unos con los otros. La práctica de la caridad cristiana no es meramente un testimonio externo del amor que nos profesamos, sino un signo contundente de fe, pues en la caridad podemos ver con claridad aquellas cosas que los demás no ven, y responder en consecuencia. Ver con claridad es tener la capacidad de adherirse a la verdad, de cumplir los mandamientos de Dios y de perdonar a quienes nos han herido.

Queridos amados de Dios: el ciego recuperó la vista física —lo cual apuntaba a un signo de fe aún mayor— cuando permitió que Jesús lo tocara. Del mismo modo, nuestros ojos de la fe permanecerán abiertos mientras Cristo continúe tocándonos a través de los sacramentos, ya que todos los sacramentos son acciones del propio Cristo. Al hacerlo, recibimos en abundancia la gracia sanadora de Dios. Tengamos presente que nosotros, los cristianos, estamos siempre necesitados de sanación: sanación de la pereza espiritual, de la incapacidad para ser testigos valerosos del amor de Dios, de la indiferencia ante las necesidades ajenas, del espíritu maligno de la falta de perdón, etcétera.

Por consiguiente, es posible que hayamos recibido muchos más milagros de los que somos capaces de reconocer, precisamente porque hemos permitido que Cristo nos toque. Cuando Cristo nos abre los ojos, comenzamos a percibir el sentido de la vida más allá de lo meramente físico.

Nuestra misión, por tanto —puesto que ya poseemos la luz de Cristo—, consiste en pedirle a Jesús que continúe formándonos para ser mejores cristianos; de este modo, seremos capaces de ver y comprender a Dios y a las personas de una manera nueva y diferente, permitiendo que nuestra luz siga resplandeciendo en aquellas situaciones ensombrecidas por la falta de fe. AMÉN.

Rev. P. Silverino Kwebuza, AJ - Párroco.